

ción pródiga modernismo

J. M. G. PÁRAMO



endró «una cater-
ras juveniles».
bs, los góticos,
ies, los grunges,
s, los backskins...
palabras cuaja-
». Su componen-
elementos demo-
indiferencias y
para estudio
tracultura, una
nte correctos...»

os hippies: una
adrid, 1970, Cua-
ales, a otros satá-
s, funerarios,

s fue deletéreo
acasó, las ideas,
dadas por auto-
os posmodernos.
, en la cotidiane-
Marcuse y los
eparación de los
rearon una
da, 30 o 40 años

ado de quienes
que por diablos
y desde los 18 a
s en las crisis de
nte, romántica,
vara a alguna

instintos y
idad, ni pleni-
e las delicias del
senal y sus
salido». Son
cia de la mendí-
es, cercos en la
... cada especie
sucristianas,
speines muy

posmoderno, en
cultural de la
ila el poder inte-
dos estos son
penada. Su misti-
su amor... y,
al estar cada
ensibilidad (los
medios, los con-
estructurado...
be adónde va...
amadas a suce-
ntes? Hall dice
recer. De hecho,

se han transformado en la generación, en la post como elementos poco edificantes; en un mundo de valores light, de deleites y de masas; de terrorismo, de mundialización desafiante y desafiada..., en la antiglobalización.

Lubac, Pieper, A. L. Quintás, Guardini, Ranher, C. Valverde (BAC), Razintger, Jean Guitton se apenan ante el silencio sobre lo esencial (Edicep) en que el posmodernismo consiste. Hace más de medio siglo, los autores más serios, se ocupan de los peligros, la recesión religiosa, las manipulaciones mentales; el acontecimiento de retroceder en arte y en moral y progresar en el ocaso de la sociedad moderna. C. Valverde (en BAC minor) enumera perfiles del momento juvenil a principios del tercer milenio.

La posmodernidad en los jóvenes-adultos puede encajarse en los 20 rasgos siguientes: 1) el desencanto, 2) la carencia de ética intelectual (de muchos) y... pesimismo, 3) antiideología, 4) combate al progreso indefinido (el desarrollo es un nombre vergonzoso, según Loytard), 5) los beneficios de las guerras no son válidos para nada si hay hambre y desesperación (poblaciones de muchas naciones), 6) la historia no tiene razón de ser, carece de sentido (desprecian desde Agustín de Tagasta hasta Teilhard incluyendo a Toynbee, Ch. Dawson y los historiadores), 7) hedonismo, «carpe diem» horaciano, el goce hoy, mañana moriremos, 8) ideales egoístas, autorcráticos, narcisistas, 9) carencia extensa de valores morales, 10) hay quien entiende por moral la felicidad (Sádaba) y rechaza cosmovisiones racionales. La vida, inspirada en Nietzsche, en un errar incierto (la metafísica, una dolencia; la ontología, una debilidad), 11) rehusan la razón (inspirados por Nietzsche, Freud, K. Marx, maestros de la sospecha (según Ricoeur), 12) excluyen los grandes relatos (religión, filosofía,...), 13) «la vida parece un boceto» (M. Kundera, «La insoportable levedad del ser»), 14) caminan sin norte ni sentido (Sartre, Camus, Heidegger), 15) aceptan, sin temores ni anhelos, sutilezas del lenguaje (Wittgenstein), 16) estimaciones de otro tiempo engendraron guerras crueles: ¿nihilismo sin tragedia es posible, es deseable?, 17) es natural que seamos «únicos» pero, 18) ¿es posible fundar la convivencia mundial sin un humanismo auténtico? 19) Dios es sustituido por la magia, el espiritismo, la metempsicosis, lo oriental, lo esotérico,..., 20) «¿la verdad consiste en liberarnos de la pasión por la verdad?» (H. Eco). ¿Seguirán siendo así los jóvenes del milenio tercero?

Ante una modernidad que ha conseguido importantes logros humanos y el hecho de que el fracaso de lo religioso es —hasta ahora— siempre provisional: en la ciencia y en la técnica, las épocas de escándalo y miseria fueron seguidas de renaceres espirituales. C. Valverde espera que la concepción evolutiva de Teilhard, el personalismo y la doctrina católica ofrezcan una espera y esperanza de que desde el reformismo político se corrija el immanentismo de socialistas y liberales ultra; el posible resurgir del arte y la moral, el bien, el espíritu... y una esperanza (¿mentalidades, purificación, catarsis, cambio y estructuras mejores?) No estamos —según los lectores de historia— ante un colapso moral...

¿Faltan plazas o políticas de escuela pública?

JOSÉ MARÍA ROZADA MARTÍNEZ

Por lo visto, no todos los que en Oviedo están solicitando plaza para ir a la escuela pública tienen la posibilidad de ser admitidos. El asunto está siendo abordado en la esfera de la gestión, donde sin duda es necesario situar y analizar los datos concretos (el número de plazas demandadas, la capacidad de los centros, la distribución por zonas, etcétera), en los que ya trabaja la correspondiente Comisión de Escolarización. Sin embargo, los problemas que se barajan en este nivel administrativo quedarían reducidos a verdaderas nimiedades si se abordaran al amparo de una política de defensa de la escuela pública verdaderamente consistente. Precisamente, un buen indicador de que esa política brilla por su ausencia es que a estas alturas de la asunción de las transferencias educativas todavía esta región carece de una normativa propia que regule los procesos de escolarización.

Ocurre que en los últimos años el concepto de escuela pública ha ido diluyéndose en expresiones tales como «centros sostenidos con fondos públicos», que tienden a encubrir las diferencias de fondo que existen entre la enseñanza pública y la privada. Por eso para una política de izquierdas es imprescindible aclarar el concepto de escuela pública que se tiene, particularmente cuando ésta se reivindica como parte esencial del patrimonio ideológico en el que se han de inspirar los gobiernos de ese signo. Al respecto, ya no se puede seguir, como si nada hubiera pasado, con la ingenuidad (si es que lo fue) de principios de los años ochenta, cuando la LODE confiaba en hacer más pública la enseñanza privada a través del mecanismo de los conciertos. A día de hoy es más que evidente que la triple red escolar (pública, privada, concertada y privada de pago) está sirviendo sobre todo como canalización diferenciada y diferenciadora de tres sectores sociales: de las élites ya existentes y dispuestas a pagar lo que sea para garantizarse su reproducción, el de las clases medias más agresivas en la pugna escolar por escalar posiciones sociales caiga quien caiga, y el de los sectores sociales ideológicamente más solidarios o socioeconómicamente menos competitivos, engrosado ahora con nuevos efectivos procedentes de la inmigración. Todo el mundo sabe que, de hecho, esto está siendo crecientemente así, si acaso con pequeños matices que no modifican el fondo de la cuestión.

Quienes han venido hablando de hacer una política que corrija, en el marco de la autonomía realmente posible, los peores rasgos de la LOCE, habrán de hacerlo a partir de un fortalecimiento de la idea de escuela pública, porque es precisamente la debilidad de este concepto la que ha abierto el paso a discursos como el de la libre elección de centro, cuyo avance amenaza con llevarse por delante cualquier planificación orientada a garantizar la existencia de una auténtica escuela pública.

Que la derecha gobernante en Oviedo se frote las manos mientras ve cómo la ciudadanía tiene dificultades para escolarizar a los más pequeños en la escuela pública elegida entra dentro de su coherencia ideológica y de la lógica política, pero que la Viceconsejería de Educación trate este asunto con la frialdad burocrática que lo está haciendo pone de manifiesto la imperiosa necesidad de retomar desde la izquierda el discurso conceptual sobre la escuela pública, desde el cual irradiar directrices políticas para que los técnicos solucionen inmediatamente las dificultades de escolarización que pudieran presentarse en los centros públicos.

Como primer apunte para retomar ese discurso quizá convenga recordar que la grandeza de ser pública no se la da a la escuela el hecho de ser financiada con fondos públicos, sino el estar decididamente orientada al bien de todos, definido y gestionado democráticamente, lo cual trae necesariamente consigo la vocación de ganarle todo el terreno posible a la otra escuela, la que canaliza las insolidarias aspiraciones de quienes acuden a ella buscando exclusivamente el beneficio personal.

José María Rozada Martínez, representante de IU en el Consejo Escolar Municipal de Oviedo.